

alcanzar: que desistiese de su pretension sacrilega de someter á los magistrados legos la enseñanza de la Iglesia. Por consiguiente, también á la mujer católica debe la Iglesia de Francia la preciosa libertad que todos los gobiernos regulares, desde entónces hasta nuestros días, le han reconocido, de combatir los errores y enseñar á los pueblos.

La Providencia, que castiga á los hombres á quienes quiere salvar por donde más han pecado, acabó por humillar la vanidad de Luis XIV y por someter su corazón á las más duras pruebas. Siendo conquistador, se vió arrancar sucesivamente casi todas sus conquistas; siendo padre, vió á la muerte arrebatárle despiadadamente casi todos sus hijos y sus nietos. El fin de su largo reinado fué como un tiempo marcado por la humillacion y el dolor, tanto como el principio de él lo habia sido por la gloria y los placeres. En medio de estos grandes infortunios, sólo encontró el consuelo en la adhesion sin límites de su esposa y en los sentimientos de resignacion cristiana que ella le inspiraba. En su última enfermedad, abandonado de todos, sólo tuvo á su lado á Mma. de Maintenon, prodigándole los cuidados más afectuosos y más heroicos que reclamaba su alma abatida, lo mismo que su cuerpo, que habia caido en una disolucion. Y por las delicadas atenciones de esta mujer murió Luis XIV, como verdadero cristiano, fortalecido por los auxilios de la religion, y como verdadero héroe, con un valor de espíritu despojado de toda ostentacion, separándose de las grandezas sin echarlas de ménos, y mirando la muerte sin temor. Este valor llegó hasta el punto de confesar públicamente sus faltas; porque, abrazando á su sucesor, de cinco años de edad, le dijo: «Hijo mio, yo te encargo que alivies á los pueblos, y que no me imites en mi pasion por la gloria, por la guerra y por los palacios.»

Apénas Luis XIV dió su último suspiro en los sentimientos de la más grande piedad, cuando Mma. de Maintenon exclamó: «Sea Dios bendito; mi mision ha terminado.» Ella abandonó al momento la corte y fué á encerrarse en su casa querida de Saint-Cyr, donde acabó sus días en los ejercicios de la humildad, de la caridad y de la religion. Tal fué Mma. de Maintenon en la corte de Luis XIV, y tal ha sido y será siempre en la corte la mujer verdaderamente católica; porque el Catolicismo le revela el secreto de su mision y

la extension de sus deberes, y le da el valor y la fuerza necesaria para cumplirlos (1).

§ LXVII.—La corte de Luis XV más lamentable que la de Luis XIV.— La reina Maria Leczinska, encargada por Dios de perpetuar en ella las tradiciones de la castidad y de la fe de las princesas de Francia.— Amor de esta Reina á su pueblo, y su caridad inagotable con los desgraciados.— Santidad de Enriqueta, su hija.— Maria Luisa de Francia haciéndose religiosa carmelita para expiar los pecados de su padre.— Circunstancias patéticas de su profesion religiosa.— Las princesas Adelaida y Victoria de Francia son también unas santas, lo mismo que el Delfin su hermano.— Contraste singular de esta familia de santos, modelos de todas las virtudes, al lado de Luis XV, infestado por todos los vicios.

Ya hemos visto lo que, segun Fenelon, fué el reinado de Luis XIV. Pues bien, el reinado de su nieto, Luis XV, fué todavía peor: el mismo libertinaje, el mismo egoismo, la misma indiferencia respecto á los sufrimientos del pueblo, con el espíritu filosófico de más, y cierta grandeza y cierta dignidad y la grande literatura de ménos. Prostitutas innobles y descarados incrédulos se divertian en arrastrar por el fango la corona de San Luis y en minar los fundamentos del trono y el altar, y el moderno Sardanápalo presenciaba, con la sonrisa de la estupidez en los labios, aquellas repugnantes orgias, aquellas farsas sacrilegas, aquella horrible demolicion,

(1) Ved aquí el retrato que el virtuoso y sabio Duque de Borgoña, el discípulo de Fenelon, hizo de la esposa de su abuelo, á vista de la cual se habia criado él en la corte: «Madama de Maintenon, dice, es una mujer á quien la Providencia eleva sobre su estado, y que no se desconoce á sí misma; una mujer que se ve en el colmo del favor y no tiene ambicion; que sólo tiene riquezas para socorrer á los desgraciados, y crédito para protegerlos; una mujer que sólo da consejos llenos de sabiduria, y que, sin embargo, teme dar consejos; que sería capaz de conducir los más grandes negocios, y que no ve ningun negocio para sí misma más que el de su salvacion.» (Feller, Art. *Maintenon*.)

Sus cartas, aunque alteradas en muchos puntos por La Beaumelle, que fué el primero que las dió á luz, no por eso dejan de ser notables, aun al lado de las de Mma. de Sevigné. Su estilo, preciso y severo, es, dice Feller, más bien el de un autor, y un autor bueno, que el de una mujer. *Su historia*, lo mismo que las *Memorias para servir á su historia*, son unos disfraces indignos del noble carácter de esta mujer sublime. Ella era ante todo cristiana, y ya sabemos que, con el fin de despreciar la religion y la piedad, los escritores de la revolucion no han perdonado á ningun héroe del Cristianismo.

qué debía sepultar en sus ruinas la más antigua y la más gloriosa de las monarquías cristianas. De modo que cuando el desventurado Luis XVI subió al trono, la revolución estaba ya hecha en las ideas y en las costumbres; la monarquía no existía más que en el nombre y el abate Proyart tuvo mucha razón al dar á uno de sus libros sobre aquella funesta época este título: *Luis XVI destronado antes de ser rey*; sólo que podía haber añadido: *por sus abuelos*. Mas, á fin de que al pasar junto á las Tullerías, que no encerraban más que una monarquía degradada, no echasen los hombres sobre ellas una mirada de horror y de desprecio y las escupiesen, había establecido Dios en ellas un santo é interesante personaje, encargado de mantener la fe y la piedad tradicional de las princesas Reales de Francia, en medio de la más grande impiedad. Este personaje fué también una mujer, la princesa polaca María Leczinska, esposa de Luis XV, que no era digno de ella. Se la hubiera creído una *perla arrojada á los puercos*, una piedra preciosa en un muladar. En los últimos días que precedieron á su matrimonio, interrogada por su santa tía acerca de lo que pensaba sobre tan grande acontecimiento, «¡Ay madre, le respondió la joven princesa, yo no he tenido todavía sobre ese particular más que un solo pensamiento que de ocho días á esta parte absorbe todos los demás pensamientos, y es, que yo sería bien desgraciada si la corona que me ofrece el rey de Francia me hiciese perder la que me tiene destinada el Rey del cielo.» Grandes y sublimes palabras que revelaron en la esposa del Rey una grande alma, que no vivía más que de la fe, y digna del trono por lo mismo que, en vez de ambicionar las grandezas, temía los peligros de ellas.

Desde el primer momento en que ella se mostró á la Francia la llamaron *la buena reina*, por causa de la dulzura de su carácter y de la bondad de su corazón. Después de la muerte de su padre, á quien se había cedido la Lorena, se la quiso obligar á que reclamase al ménos una pensión sobre aquella provincia. «Vos sois la única heredera del rey Estanislao, le decían, y no se os podrá negar.— Yo lo creo así, respondió la Reina; pero es probable que la hiciesen pagar á los pobres de la Lorena, y no la quiero á ese precio.» Ella sólo encontraba placer en aquellas diversiones que nada costaban al pueblo; el abate Proyart, de quien tomamos estas particularidades respecto á la santa princesa (*Proyart, Vie de Marie Lec-*

zinska, reine de France), nos asegura que á su muerte se observó que en los cuarenta y tres años que se sentó en el trono no había ocasionado al Estado más gastos que los de una fiesta, que fué la de sus bodas. Le preguntaban un día por qué negaba constantemente á los señores de la corte á quienes estimaba, el placer, de que ella misma hubiera participado, de ir á comer á sus palacios; á lo cual respondió la Reina: «Porque, después de haber hecho gastar alguna cantidad á mi huésped, sería necesario dar cincuenta luises á sus domésticos, y mis pobres pagarían demasiado cara esta pequeña satisfacción.» No hay privación á la que no se condenase en favor de los pobres. Muchas veces se la veía calcular hasta el precio de un vestido que la agradaba, y negarse á comprarlo, diciendo: «Es demasiado caro; yo tengo muchos vestidos, y nuestros pobres carecen de camisa.»

Ella socorria toda clase de necesidades y á toda clase de personas; pero la virtud desgraciada y el mérito indigente tenían siempre la preferencia en sus liberalidades. Ella se había impuesto una ley de no negar jamás la limosna á los miserables que imploraban públicamente sus socorros. «Si yo niego la limosna á estos pobres, decía ella, todos se creerán dispensados de dársela, y entonces ¿qué será de ellos?» Así, pues, donde quiera que ella debía permanecer por algún tiempo se veían llegar de todas partes multitud de mendigos que, mientras ella permanecía en aquel lugar, los tenía á sueldo. Se la oía quejarse algunas veces de la importunidad de los ambiciosos, pero nunca de la de los pobres. Sus guardias tenían orden de dejarlos aproximarse á su persona. Los llamaban *el regimiento de la Reina*.

Pero su más tierna compasión y sus cuidados maternos eran por los pobres enfermos. Era una satisfacción para ella visitarles en los hospitales. «Aquí, dijo ella un día á un señor de su corte, aquí debemos venir para aprender á conocernos.» Ella gustaba los alimentos que les daban, y ¡ay del jefe del establecimiento si no veía que estaban buenos! Ella servía también á los enfermos con sus propias manos, hasta ayudarles, en su profunda humildad, á ponerse los zapatos. Ella se detenía por más tiempo junto á los más desesperados; ella los consolaba con palabras piadosas, y no los dejaba hasta haberlos reducido á una perfecta resignación á las disposiciones de la Providencia. «Hijos míos, les decía ella, siendo,

como soy, reina, me veré un día enferma y moribunda, como vosotros. La sentencia parece dura á la naturaleza, pero nosotros la dulcificaremos con nuestra sumision y con el pensamiento de que ha sido dada contra nuestros pecados por un Dios que es siempre nuestro Padre.» Un enfermo, despues de haberla oido un dia hablar de este modo, exclamó, arrebatado de gozo: «¡Dios mio, nada me detiene ya en la tierra; yo acepto voluntariamente la muerte, despues de haber tenido la felicidad de haber sido tan bien exhortado á ella por nuestra santa reina!» Ella tenía cuidado de acompañar con socorros pecuniarios los consuelos espirituales que daba á los pobres enfermos. Ella ponía generalmente un luis en sus manos, pero con tanto cuidado, que las personas que la acompañaban no se apercibian de ello, y que se habria ignorado si el reconocimiento no lo hubiese publicado. En el hospital de Compiègne, queriendo ella dar su limosna acostumbrada á un enfermo, le dijo éste: «¡Ay, señora! En el estado en que me encuentro, no es dinero lo que necesito.—Pues bien, decidme lo que puedo hacer por vos.—¡Ay, mi buena reina! Si quisieseis ofrecér á Dios una breve oracion por la salvacion de mi alma, moriria contento.—Mi crédito no es grande en el cielo, hijo mio; yo pediré, no obstante, y haré que pidan por vos con confianza, porque os veo muy resignado.»

La caridad de la reina María era tan grande, porque su fe era muy viva y su piedad muy profunda. Ella era un alma que sólo vivía en la tierra esperando el cielo. Cuantas veces pasaba por Saint-Denis se detenía allí para orar sobre los sepulcros de los reyes de Francia. En una de estas visitas (que fué la última que hizo), al ver los miserables restos de las grandezas humanas, dijo al prior de la abadía, que la acompañaba: «Aquí es donde yo esperaré la resurreccion universal. Este es el palacio en que me recibiréis bien pronto. Bajo esta bóveda, á algunos pasos de aquí, se pudrirá mi cadáver.» Y pronunciando estas palabras, se postró, besó aquella tierra que debía recoger sus cenizas, y dirigió al *Rey solo inmortal de los siglos* una súplica tan tierna y tan ardiente, que todos los que le acompañaban se conmovieron hasta derramar lágrimas.

Al leer estas particularidades nos creemos trasladados á los tiempos de Matilde de Francia, de Margarita de Escocia, de Cunegonda de Austria y de Isabel de Hungría. Pues bien, esto es para que nos convenzamos de que la mujer verdaderamente católica es siempre

y en todas partes la misma, como la religion que la inspira; esto es para que creamos los prodigios de fe, de piedad y de caridad de las santas reinas de la Edad Media, y que Dios se ha dignado renovar esos mismos prodigios casi á nuestra vista, en medio de la mayor corrupcion de los tiempos modernos.

En medio de las grandes ofensas que el rey su esposo habia hecho á esta admirable mujer, no la contrarió, al ménos en estas sublimes prácticas y en el deseo de educar á su manera los diez hijos que tuvo de su matrimonio. Cinco de estos hijos murieron en su tierna edad, y de los otros cinco, que vivieron más largo tiempo, hizo ella otros tantos santos. Enriqueta, la mayor de sus hijas, no podia ver una desgracia sin moverse á compasion y apresurarse á socorrerla. Cuando sólo tenía cinco años de edad se la vió un dia despojarse de su vestido para darlo á una pobre niña de su edad, que temblaba de frio. Ella no abrigó jamas el más pequeño pensamiento de orgullo. Ella sólo deseaba tener, para poder socorrer las necesidades. Ella oraba continuamente y comulgaba con frecuencia. Ella tenía doce años y el Delfin diez, cuando un dia le dijo: «Hermano, nosotros estamos rodeados de aduladores, interesados en ocultarnos la verdad. Vamos á hacer este convenio: tú me advertirás mis defectos y yo te advertiré los tuyos.» Nadie igualaba su celo por inspirar á los demas los sentimientos de religion de que ella se hallaba penetrada. «Yo no comprendo, decia, por qué los cristianos parece que se admiran cuando nos ven hablar y obrar cristianamente.» El mayor disgusto que ella tenía era cuando se veía obligada algunas veces á presentarse en los espectáculos. Habiéndole preguntado un dia la causa de esta repugnancia, respondió la princesa: «La causa de ella es que desde el momento en que me presento en ellos, y veo aparecer los primeros actores, me siento acometida de una tristeza profunda. Yo me digo á mí misma: Hé aquí unas personas que se condenan de propósito deliberado por divertirme. Este pensamiento me ocupa absolutamente mientras dura la representacion, y ¡cómo es posible que pueda divertirme!» Ella era en todo lo demas un ángel de pureza y de inocencia; así fué que á la edad de veinticuatro años voló al cielo.

Su hermana, Luisa María de Francia, la hija menor de Luis XV y de la reina María, era tambien un ángel, á que Dios dejó por

más tiempo en la tierra para que la admirase y la edificase con el prodigio de su piedad y de su renuncia del mundo, en un tiempo en que tantas mujeres de la alta aristocracia hacían del mundo su ídolo. Ella tenía una viveza extraordinaria y una gran penetración, pero tenía también un corazón excelente. Creyendo que una mujer que trabajaba en su aposento la había ofendido, le dijo con enfado: «¿No soy yo hija de vuestro Rey?—Y yo, señora, respondió friamente aquella mujer, ¿no soy hija de vuestro Dios?» Movida por esta respuesta, dijo la princesa: «Teneis razón, yo he sido quien os ha ofendido, y os pido perdón.» No teniendo todavía cuatro años, dijo un día á la religiosa que le habían dado por aya: «Vos sabéis que amo á Dios, y que todos los días le doy mi corazón; pero decidme, ¿no me dará Dios también alguna cosa?» La sabia maestra respondió: «Pues qué, ¿no sabéis todavía que todo cuanto teneis y todo cuanto podais tener jamás, lo recibís de Dios?» Y después de haberle hecho una enumeración de todos los bienes, de gracia y de naturaleza, que Dios le había dado, la santa religiosa concluyó diciendo: «Pero todo esto es nada en comparación de lo que Dios os tiene reservado y os dará ciertamente en el cielo si le amais constantemente. Y ¿creéis todavía que Dios no os da nada por el corazón que le ofreceis todos los días?» La niña comprendió tan bien esta lección, que desde aquel día decía en ciertas ocasiones á su maestra: «Es necesario dar gracias á Dios por esto; Dios ha sido quien nos lo ha dado.»

Debiendo hacer su primera comunión, la santa joven se preparó para ella de la manera más perfecta. Entre otras cosas, escribió su *confesión general*, y antes de hacerla al sacerdote, quiso comunicarla á su maestra para oír su parecer. Ella comenzó á leer; pero habiendo llegado á un artículo de ella, dudó y pasó al otro. Este era el mayor de sus pecados, del que se avergonzaba y con el que no quería escandalizar á la buena religiosa. Finalmente, se decidió á leer este artículo, el cual estaba concebido en estos términos: «Me acuso de haber deseado, por vanidad, haber nacido turca.» La directora le preguntó el motivo de este extraño deseo, y cómo había podido unir á él la vanidad, y la niña respondió: «Es que yo me figuraba un gran placer en hacer en seguida una pública abjuración del mahometismo, para abrazar la fe cristiana.» Así, pues, este gran pecado no era en sí más que un acto de fe y de amor de

Dios, formulado por una niña. Se le hizo la observación de que, sin ser turca, tendría lugar de manifestar un día su amor á Dios y su celo por la verdadera religión, abjurando, en la corte misma, las máximas y la conducta que se observaban en ella. «Es verdad, respondió, y así lo haré;» y desde aquel día concibió la heroica idea de dejar el siglo y hacerse religiosa en un convento de Santa Teresa, el más austero que existía en Francia. Ella se proporcionó un hábito, que se ponía secretamente, para ver si podría soportar su aspereza. Ella se proporcionó igualmente la regla, y se ejercitaba en practicar los artículos más difíciles; ella compuso también una larga oración á Santa Teresa para que «le alcanzase la gracia de ser una de sus hijas más perfectas, á pesar de su delicada salud, de su complexión débil y de su indignidad.» Desde entonces observó ella en medio de la corte, y bajo las vestiduras de princesa, la vida penitente de un carmelita, hasta el momento en que, triunfando de la oposición del Rey su padre, pudo pronunciar sus votos, entrando en el convento de las Carmelitas, junto á Saint-Denis, en el que la princesa Luisa María de Francia tomó el nombre de Sor Teresa de San Agustín. Á los dos días fueron á verla las princesas sus hermanas. Esta entrevista ofreció la escena más patética. Al ver ellas á su hermana María con los pies desnudos y vestida de una pobre tela de lana, se arrojaron á su cuello y la abrazaron con todos los trasportes de la ternura, derramando lágrimas, así como toda la comunidad, enternecida por este espectáculo. Sor Teresa, con la alegría en el corazón y la serenidad en la frente, trataba de consolarlas, asegurándoles «que no había motivo alguno para llorar por ella, á no ser que se la envidiase la perfecta felicidad de que gozaba.» Algunos días después escribía ella á una de sus amigas de palacio: «Todo respira aquí la alegría del cielo. Ahora vengo del recreo, donde he pensado morir de risa. Ved el poder que tiene la alegría de una buena conciencia;» y un mes después escribió á la misma amiga estas palabras: «Te has enternecido al oír la descripción de mi lecho. Sin embargo, no soy tan digna de lástima. Yo me encuentro bien en él; y sin ir más lejos, hoy he dormido ocho horas. Yo te aseguro que esto no es tan miserable, cuando se piensa en lo que Jesucristo hizo por nosotros. Por lo demás, lo digo para vergüenza mía, mientras que todos se edifican al verme con mi jergón de paja, yo me hallo con él con tanta como-

didad como si estuviese en un lecho de pluma.» Cuando le prohibían los rudos trabajos que exigían una fuerza de que carecía, su celo por la penitencia se indemnizaba haciendo los oficios más repugnantes; ella espiaba la ocasión de hacerlo sin que lo viesen sus compañeras; y esto era tan frecuente, que cuando ellas se encontraban sus faenas hechas, colegían al momento que las había hecho Sor Teresa de San Agustín. Si sucedía que, encontrándola una religiosa en el hecho, reclamaba su tarea, la princesa se echaba á sus piés, le besaba la mano y á fuerza de instancias alcanzaba de ella que le dejase acabar lo que había comenzado. Con estos actos de humillación, de penitencia y de fervor se preparó ella al sacrificio irrevocable de sí misma á Dios; por la profesión solemne de los votos religiosos.

El Papa quiso presidir esta ceremonia por medio de su nuncio. La hija del Rey de Francia, hecha hija de Santa Teresa, fué á arrodillarse ante la delfina María Antonieta, para recibir de sus manos el velo y el hábito religioso. La jóven princesa, al presentárselos, los besó con devoción y los regó con lágrimas de ternura. Y todos los circunstantes procuraban en vano ocultar su emoción, que sus prolongados sollozos hacían patente, y que resonaban con un eco lastimero en las bóvedas sagradas. Mientras esto pasaba en la iglesia, el toque de campanas de toda la ciudad anunciaba que María Luisa de Francia acababa de pronunciar sus votos; y los obreros al dejar sus trabajos, y los artesanos al salir de sus talleres, todos se reunían en medio de las calles y de las plazas, y elevaban las manos al cielo, gritando: «¡Cómo es posible que la hija de nuestro Rey se haya consagrado para toda su vida á unas austeridades que ninguno de nosotros tendría el valor de abrazar!»

En efecto, ¡un grande, sublime y patético acto de abnegación acababa de cumplirse, del que sólo el alma de una mujer católica es capaz; porque María Luisa de Francia sólo había cambiado los honores, las riquezas y las delicias de la corte por la vida más pobre, más humilde y más mortificada, por ofrecerse á Dios en *sacrificio de expiación de la vida libertina del Rey su padre!* Ella misma se lo declaró así de la manera más delicada. Un día, Luis XV, á quien ella hablaba con frecuencia de las dulzuras de su estado, le contestaba que no comprendía cómo podía ella encontrar tanto bien en una vida tan austera. «Sin embargo, es muy cierto, padre

mío, le respondió la heroica hija, que me encuentro en el colmo de la felicidad; y además, el pensamiento de que estoy aquí para mi salvación y la de todos aquellos á quienes amo, es tan consolador para mí, que no me admiro de que me haya curado de todos mis males.» El Rey lloró al oír estas sublimes palabras; pero su corazón estaba demasiado endurecido por el hielo de la voluptuosidad, para que adoptase la resolución de corregirse.

Las otras dos hijas de la reina Leczinska, las princesas Adelaida y Victoria de Francia, sin encerrarse en un claustro, observaron una vida pura, religiosa y perfecta en medio del mundo. Después de haber admirado y confundido por su piedad la corte corrompida y atea de su padre, se expatriaron, al principio de la revolución, para conservar su fe y su sumisión á la Iglesia; y se establecieron sucesivamente en Roma, en Nápoles y en Trieste, edificando al mundo, manifestándole que eran las princesas católicas de la casa Real de Francia.

Pero de todos sus hijos, al heredero del trono fué á quien la reina Leczinska educó con mayor cuidado para hacer de él un perfecto Rey cristianísimo, de quien la Francia tenía mucha necesidad. Sus votos fueron oídos. «Yo no tengo más que un hijo, decía ella; pero Dios, que me lo ha dado, se ha complacido en formarlo sabio, virtuoso, benéfico y tal como no me hubiera atrevido á esperarlo.» En efecto, el Delfín, padre del Luis XVI, fué el príncipe más ilustrado, más hábil, más amante de su país y más santo que se ha visto jamás en la corte de Francia, después de San Luis. Pero el siglo XVIII no era digno de él, y murió antes de ascender al trono, para desgracia de la Francia, de la Europa y de la Iglesia. Así, pues, por causa de la reina Leczinska y sus admirables hijas, se vió entonces, bajo el mismo techo de las Tullerías y de Versalles, toda la firmeza de la fe, todo el fervor de la piedad, toda la santidad de la vida del Cristianismo de los primeros siglos, al lado de todos los vicios, de todas las bajezas y de todas las impiedades del paganismo más descarado, para hacerlas inexcusables, para servirles en cierto modo de contrapeso y de protesta. De una parte estaba el crimen, y de la otra estaba la expiación. Aquellas santas mujeres parece que recibieron también otra misión: la de salvar de la apostasía general á Luis XVI, la de preparar en él y adornar con las flores de la santidad y del heroísmo la gran víctima expiato-

ria que el cielo se habia reservado en él por las faltas de que la raza degenerada de San Luis se habia hecho culpable ante la Francia y ante la Iglesia; y en esta atmósfera espiritual, perfumada por el buen olor de sus santas tias y abuelas, fué donde se formó Luis XVI, y se hizo lo que debia; para honrar con su muerte sublime una monarquía que no debia salvar con su vida.

No debemos olvidar, en este catálogo de princesas de la casa de Borbon, que han conservado en la córte, aún en nuestros dias, la piadosa herencia de la fe y de la piedad católica de sus abuelas, á la princesa María de Orleans. Ved aquí cómo refiere el piadoso abate *Della Frateria*, vicario general de Pisa, los últimos momentos de esta angelical mujer, en *El Amigo de la Religion* (20 de Enero de 1839):

«El dia 12 de Diciembre, despues de su llegada á Génova, uno de los primeros pensamientos de la Duquesa fué el de invitarme, por su dama de honor, la Baronesa de Spitt, á que dijese una misa por ella, en la catedral, á una hora determinada, para asociarse á ella con sus oraciones. Yo accedí á su deseo. Algunos dias despues, la Baronesa me hizo una visita y me advirtió que estuviese preparado, en atencion á que la princesa hacia sus preparativos de devocion. El 1.º de Enero, á las siete de la mañana, fui llamado á casa de la Duquesa; ella trató de levantarse y de sentarse en el sofá. Este esfuerzo, y especialmente el celo de S. A. R., que tenia el sentimiento profundo del acto importante que iba á ejecutar, le ocasionaron un vahido al principio de la confesion. Vuelta en sí, la princesa se confesó y comulgó.

»En la noche siguiente velaba yo al lado de su lecho. Ella no me mandó llamar, pero habló de su confesion en términos que manifestaban la satisfaccion que este acto le habia causado. Al dia siguiente quiso verme; ella volvió á confesarse y me dijo que conocia muy bien el estado en que se hallaba, y que sólo estaba unida á la vida por su amor á su hijo y á su familia, y sobre todo á su buena madre, y por su esposo, á quien esperaba ver pasar al seno de la religion católica; despues de lo cual moriria contenta.

»S. A. R. habló largamente conmigo de la religion, de la piedad, de la bondad y del amor de Dios, de la nada de las cosas terrenas y de la eterna bienaventuranza. Yo le propuse entónces que recibiese el sacramento de la Extrema-Uncion y la absolucion pontifi-

cal; ella lo aceptó gustosa, y en el mismo dia recibió el sacramento y la bendicion; despues me rogó que le siguiese hablando de cosas relativas á la religion y á su estado. Media hora despues sentí algun movimiento en la habitacion de la Princesa. Corrí á ella, y encontré á la señora tranquila, miéntras que todas las mujeres que se hallaban presentes estaban muy conmovidas. Ella me dijo que habia rogado á su esposo que se hiciese católico. Yo me retiré y me puse en oracion. Desde este momento hasta su muerte, el rostro de la princesa pareció rodeado de una aureola divina, y todos los presentes se hallaban poseidos de una piadosa admiracion. Ella les dirigió las palabras más justas, más verdaderas y más religiosas, y repitió muchas veces á su esposo, en los términos más amables y más enérgicos, que era necesario le prometiese hacerse católico y dar á su hijo una educacion perfecta. Ella dijo al Duque de Nemours, y le rogó lo repitiese á sus hermanos, que fuera de la religion no hay felicidad alguna, y que sin ella todo es nada: «Vosotros no conocéis la piedad, dijo ella, echando una mirada sobre los que allí estaban; ved lo que es la religion. Yo soy dichosa, yo tengo veinticinco años; pero sé morir, y muero contenta. Dios me habrá perdonado mis pecados y me concederá la eterna bienaventuranza, porque siempre le he amado.» Ella permaneció en este estado cerca de tres horas. Los circunstantes estaban profundamente conmovidos; la princesa, estaba tranquila y se sonreia algunas veces; ella exigió que no me apartase de su lado. Cuando su esposo le dirigia la palabra, rehusaba con dulzura responderle y se santiguaba. Ella dió sus últimos besos al crucifijo y dirigió sus miradas hácia el cielo. Ella me preguntó si podia tener la certeza de ir al seno de Dios, y habiéndole respondido que tenia la conviccion de que el cielo se abria para recibirla, elevó sus ojos como en éxtasis, y en esta actitud permaneció hasta su muerte, que fué á las ocho y cuarto. Jamas habia yo presenciado una muerte tan edificante. La tranquilidad, la fuerza de alma, la sonrisa angelical de la Duquesa no podian proceder sino de un profundo sentimiento religioso y de una gracia especial de Dios respecto á un alma cuyo lugar estaba señalado entre los bienaventurados» (1). Así, pues, desde Santa

(1) Al referir Rohrbacher esta santa muerte dice que la princesa María de Orleans murió, no tanto de enfermedad como de dolor de verse engañada en sus esperanzas, y de ser madre, no de un hijo de San Luis, sino de un pro-

Clotilde hasta nuestros días, la fe y la piedad católica han tenido siempre sus modelos en las princesas de las casas reinantes de Francia.

§ LXVIII. — Una excursion á Alemania. — Cobardía de todos los soberanos de Europa conspirando contra una mujer, María Teresa de Austria. — Grandeza de alma de esta reina, triunfando sola de todos sus enemigos. — María Teresa, el único gran soberano cristiano de su siglo. — Su anhelo por hacer la felicidad de sus pueblos. — Su caridad. — Su política. — Su retrato comparado con el de Catalina II de Rusia. — Ella fué inocente del repartimiento de la Polonia. — Ella fué la única que vió en aquel repartimiento el mayor crimen y la mayor calamidad para Europa. — Cuánto importa á la Europa entera, y á la Francia en particular, el restablecimiento de esta gran nacionalidad católica.

Salgamos de Francia, con intención de volver á ella muy pronto, para ir á admirar en Alemania otra sublime mujer católica, María Teresa Habsbourg, que admiró al mundo con su sabiduría y con su valor, al mismo tiempo que la santa reina Leczinska lo admiraba con su piedad.

Hija y heredera única de Carlos VI, emperador de Alemania, y esposa de Francisco de Lorena, á la muerte de su padre, ocurrida en 1740, se encontró María Teresa hecha el blanco de la perfidia de todos los soberanos de Europa, que se habian coligado y habian tomado las armas para despojarla de todos sus estados y sepultarla bajo las ruinas de la Monarquía austriaca. Desgraciadamente, á la

testante de Wurtemberg. (Tomo xxviii, pág. 489.) Ved aquí el hecho á que se refiere el ilustre historiador. El Duque de Wurtemberg, esposo de la princesa María de Orleans, era protestante. La Santa Sede habia concedido la dispensa para este matrimonio mixto con la condicion, que pone siempre, de que los hijos que tuviesen fuesen educados en la religion católica. El Duque habia aceptado esta condicion; mas habiendo su esposa dado á luz un hijo, olvidó el Duque su promesa é hizo bautizar al niño por un ministro protestante. La Princesa se afligió mucho de ello, y esta circunstancia agravó su enfermedad y aceleró la catástrofe de su muerte. Nosotros dejamos al lector que califique este acto de lealtad y de tolerancia protestante, y no harémos más que una observacion. Uno de los más grandes pecados de Luis Felipe fué el de haber casado á sus tres primeros hijos con protestantes y haber querido introducir de este modo el protestantismo en el santuario de la Monarquía católica, en las Tullerías, donde este culto no habia entrado jamas. La Providencia se manifestó en este particular de una manera que puede servir de leccion. To-

cabeza de esta cobarde conspiracion de tantos hombres poderosos contra una jóven, estaba Luis XV. ¡Pero era muy natural que el príncipe protector de los filósofos impíos de su siglo se hiciese el perseguidor de una princesa católica! El ambicioso Elector de Baviera, sostenido por un ejército frances y bajo el título de lugarteniente general del Rey de Francia, se habia hecho coronar Rey de Bohemia en Praga, Archiduque de Austria en Lintz y Emperador de Alemania en Frankfort, con el nombre de Carlos VII; y caminando de victoria en victoria, se hallaba ya á las puertas de Viena para sitiirla. María Teresa se vió, por consiguiente, obligada á abandonar esta ciudad y á buscar un refugio, que en ninguna parte encontraba. Ella estaba encinta, y sabiendo los progresos, siempre crecientes, de sus enemigos, escribió á la Duquesa de Lorena, su suegra, diciéndole: «No sé si me quedará una ciudad donde dar á luz el fruto de mis entrañas.» El Duque, su esposo, era un hombre muy honrado, y tal vez el único hombre honrado entre los príncipes de la época; pero no poseia las grandes cualidades de un soberano, así como tenia los derechos de tal. Él no era más que el esposo de la reina; María Teresa era el soberano. Por consiguiente, se habia resignado ya á la suerte que los enemigos de la casa de Habsbourg reservaban á María Teresa, su esposa, de dejarla reinar sobre algunos restos de la baja Austria. Pero esta mujer, á pesar de lo sencilla y piadosa que era, poseia, con los derechos al trono, la elevacion de espíritu y la grandeza de alma de un gran príncipe. Por consiguiente, pensó de distinto modo que su débil esposo. Sola,

dos esos tres hijos católicos, casados con protestantes, han muerto ya, y el primero de ellos de una manera misteriosa y trágica en el momento en que se disponia para ir á Strasburgo con su esposa para presidir á la instalacion de las *diacónisas protestantes*. Los luteranos de esta ciudad estaban llenos de gozo, y aun corrian voces de que se iba á quitar la catedral á los católicos para entregarla á los luteranos. Pero un católico del pueblo les dijo: «No estéis tan confiados; tarde ó temprano veréis que Dios es católico.» Todos saben lo demas.... Si la que en Febrero de 1848 se presentó á la Asamblea con su hijo de la mano hubiese sido una princesa católica, conocida del pueblo por su piedad, por sus limosnas y por su amor al país, tal vez las cosas hubieran sucedido de otra manera. Mas una princesa protestante jamas será simpática, jamas será francesa en Francia, jamas será mirada con buenos ojos en el trono de San Luis, y todos los esfuerzos de la poesía y de la política revolucionaria no conseguirán jamas que el pueblo frances sea indiferente á la religion de los que le gobiernan.